

PACTOS

Albert Villanueva



Primera edición: diciembre 2021
©Derechos de edición reservados.

Azur Grupo Editorial.
www.azureditorial.com
info@azureditorial.com
Colección: Narrativa

©AlbertVillanueva

Edición: Azur Grupo Editorial
Corrección: Carlos C&M
Maquetación: Silvia Martínez Gil
Diseño de portada: Silvia Martínez Gil

ISBN: 978-84-18890-50-5
DEPÓSITO LEGAL: AL 3842-2021

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Azur Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447)

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

A mi madre, que vivió y vive en aquel y en este Gavà.

A la *Colla dels catorze*: Montse y Ramón, Rosa y Manolo,
Mercè y Marcel, Eulàlia y Enric, Aurora y Josep, Montse y Joan,
Isabel y Tomás.

Todos los lugares que aparecen en esta novela son reales y los puedes encontrar fácilmente paseando por una ciudad pequeña como Gavà.

Lo mismo sucede con algunos personajes históricos y algunas tradiciones de esta ciudad en la que nací hace más de medio siglo.

Los hechos históricos que se reflejan en el libro sucedieron, desgraciadamente, como se cuentan, y están ampliamente contrastados y documentados.

Pero los personajes y los hechos narrados, aunque pueden estar inspirados en sucesos reales, están recreados con la libertad que da la imaginación.

Así pues, el siguiente relato debe considerarse fruto de la poca o mucha invención del autor. Nunca debería servir para atribuir acciones o conductas concretas a personas reales, actuales o del pasado.

Pacta sunt servanda
(Los pactos se tienen que respetar)
Justiniano

Cada uno de nosotros es su propio diablo,
y hacemos de este mundo nuestro infierno.
Oscar Wilde

Pactos

Cuando lo vi entrar por la puerta, tuve la certeza de que había llegado el momento. Todas las horas de insomnio, todas las serpientes que me habían asfixiado, todos los reproches que me había tragado en los últimos cuarenta años, se revolvieron en mi estómago y a punto estuve de no poder reprimir la bocanada de bilis, acibarada, gris, justiciera, que me quemó la garganta y retuve en la boca.

Apenas pude guardar para mí la sorpresa tanto tiempo esperada, el deseo tantas veces postergado, el temor siempre anhelado... Intenté disimular el estallido que sacudió mi cuerpo al reconocer aquella cara, al confrontar aquel rostro difuminado por la edad, aquellas facciones que había grabado en mi memoria un lejano mes de junio.

Nadie a mi alrededor notó nada. Ni el temblor de mis manos, ni la aceleración de mis latidos, ni mis dientes apretados, ni la lágrima que amenazaba con escapar de mis ojos acerados. Nadie se fijó en el dolor que escapaba de mis poros intentando avisar de lo que estaba por llegar. Nadie se fijó en el odio que aquella mirada gritaba para prevenir que la hora de la venganza había llegado.

Solo yo pude prever lo que aquel instante había desatado. Fue mi mente la que revivió, en cuestión de segundos, las angustias de todos aquellos años, el derrumbe de unas vidas, el desespero por no poder hacer nada... Unos segundos que me bastaron para certificar que había llegado el momento, que la Providencia me ofrecía una oportunidad impensable hasta entonces.

Tan solo habían pasado un par de minutos desde que lo vi entrar por la puerta... Pero habían sido suficientes para tomar una decisión. La sentencia que había dictado hacía cuarenta años y que pensé que nunca se llevaría a cabo.

Tan solo habían pasado un par de minutos desde que lo vi entrar por la puerta... Pero habían sido suficientes para tomar una decisión. Desde hacía cuarenta años tenía claro que mataría a aquel hombre. Y, ahora, había llegado el momento.

1

Aquel 17 de septiembre, Miquel Pruna recibió dos llamadas telefónicas bien dispares. La primera, anhelada desde hacía un par de días, daría fin a una búsqueda contrarreloj que los había tenido entregados en cuerpo y alma durante cuarenta y ocho horas. La segunda, inesperada y sorpresiva, daría inicio a un período de dolor y desesperanza en el que los aspectos personales y profesionales acabarían mezclándose cruelmente.

—Inspector Pruna. Lo tenemos localizado. Por fin sabemos dónde está.

La llamada entró como agua de mayo en su despacho del mastodóntico edificio de la Comisaría General de Investigación Criminal. Todos los presentes en aquella sala, minúscula dentro de los más de diez mil metros cuadrados de la instalación más grande de Egara, el Complejo Central de los Mossos d'Esquadra, quedaron en absoluto silencio y parecieron mantener la respiración mientras Miquel escuchaba al comisario Mallans. Le llamaba como mando superior de la RPG, la Región Policial de Girona, y era el aviso que todos esperaban.

—Lo hemos localizado en la zona del volcán Santa Margarida, al lado de Olot. Ha soltado al crío a la salida de Santa Pau.

—Recogednos en el helipuerto de Olot —dijo mientras hacía una seña al cabo Molina—. Controladlo, pero que nadie haga nada hasta que lleguemos.

Cuando colgó el teléfono, Molina y los agentes Pasqual y Nogués ya estaban en la puerta dispuestos para correr hasta el helicóptero que los llevaría a la capital de La Garrotxa.

Todo había comenzado apenas veinticuatro horas atrás, con el aviso que recibió la comisaría de Mossos en Sabadell. Rápidamente pasaron el tema a Egara, pues en la avenida Matadepera, en el barrio de Ca n'Oriac, los vecinos habían oído una fuerte discusión que había acabado con dos disparos.

Una de las mejores cosas que tiene Egara es su emplazamiento, ya que está situada muy cerca de los ejes viarios que comunican con la Catalunya central, el Eje Transversal, la AP-7 y la C-58. Eso facilita muchísimo las conexiones con cualquiera de las regiones policiales del país. De manera que, una vez preparados, apenas habían tardado seis minutos en llegar al número 164 de la avenida Matadepera. Todo el dispositivo estaba en marcha y la zona estaba acordonada por la Guardia Urbana. Como la mayoría de las edificaciones de aquel tramo, se trataba de una vivienda de dos plantas. La familia del primer piso era la que había lanzado el aviso y ahora, muy alterada, daba explicaciones a un par de agentes.

El cabo Roc Molina y Miquel subieron al segundo piso antes de que llegaran el juez y el secretario judicial. El médico forense esperaba en el rellano, ante la puerta custodiada por un agente y un par de barras de pan tiradas en el suelo.

Olía a muerte tan solo con atravesar el umbral de aquella humilde casa. El recibidor daba paso a un comedor que rezumaba desgracia y dolor, sangre y destrucción.

Molina y el inspector se quedaron en silencio ante los dos cadáveres. Delante suyo, el rostro sin vida de un joven de unos quince años parecía no entender qué había sucedido. Su expresión mostraba sorpresa y congoja ante el agujero de bala que aparecía en su abdomen.

Dos metros por detrás, estirada sobre el sofá en una postura imposible, como si alguien la hubiese empujado sin darle opción a proteger la caída con las manos, una mujer los miraba con ojos vacíos y huérfanos.

—Se ha llevado al hijo de once años.

La voz sonó grave y seca a sus espaldas. Al girarse, se encontraron con la figura espigada de un mosso que, apoyado en la jamba de la puerta del comedor, los miraba con gesto adusto.

—Sargento Guillot —dijo mientras se adelantaba hacia ellos—. De la comisaría de la carretera de Prats de Lluçanès. Hemos sido los primeros en llegar. Estamos a solo cinco minutos de aquí.

El saludo fue rápido y superficial. Había cosas más importantes que las meras formalidades sociales.

—Molina, baja a los bares y tiendas de al lado y comienza a preguntar.

Los primeros pasos del cabo quedaron frenados por la voz del sargento.

—Mis hombres ya están hablando con los vecinos, inspector.

Molina observó al inspector esperando una contraorden que no tardó en salir de su boca. Tal vez no supo disimular el fastidio que le habían producido las palabras del sargento. O tal vez fueran los malos pálpitos con los que Pruna se había levantado esa mañana.

—Molina, baja y pregunta, por favor.

Y mientras sus ojos se clavaban en el rostro sorprendido del sargento, el cabo abandonó aquel comedor teñido de ruina y vacío de futuro.

El sargento Guillot pareció titubear cuando estuvieron a solas, pero no tardó en realizar un informe fríamente profesional. Posiblemente con su exabrupto, el inspector Pruna había conseguido perder un aliado.

El aviso había llegado a la comisaría de Sabadell poco después de las ocho y media de la mañana. Un vecino había informado, lleno de temor e inquietud, de los disparos que se habían escuchado en el piso de al lado. Había costado un buen rato entender lo que quería notificar, pero, una vez el agente que tomó la llamada pudo tranquilizar al comunicante, había quedado

claro que se trataba de un caso urgente y, con toda seguridad, de final trágico.

La patrulla comandada por el sargento Guillot había llegado alrededor de las nueve y se había encontrado con todo aquel cuadro de sangre y despropósito. Fueron ellos los que se encargaron de acordonar la zona, hablar con los vecinos y pasar el aviso a Egara.

—Es un policía nacional, jefe —exclamó Molina entrando en el comedor con la prisa que solo da la angustia.

—Sí, eso me ha explicado el sargento.

—Según parece, después de esta escabechina se ha topado en la puerta con el hijo pequeño y se lo ha llevado con él.

—Así es —intervino Guillot—. Por lo que se ve, el pequeño había bajado a comprar el pan antes de irse al cole. No sé si habéis visto las barras tiradas en el rellano...

—Por lo tanto, ha sido una discusión rápida —afirmó Pruna impulsivamente.

—O algo premeditado, pues tenía el coche mal aparcado encima de la acera —terció Molina—. Ha subido al crío al coche y ha salido echando leches.

—Los vecinos nos han comentado que cada mañana llevaba al niño al cole —comentó el sargento mientras consultaba las notas tomadas en su libreta—. Aunque va al colegio público Roureda, que está a poco más de cuatrocientos metros, lo dejaba de camino a su trabajo.

—¿Dónde está asignado?

—En la comisaría de la calle Montseny, donde hacen los DNI.

—Poca actividad... —comentó Molina ante el silencio en el que cayó Guillot.

Pruna tuvo que inquirir al sargento para que siguiera dándole datos. Y así fue como supieron que Carlos Vidal era un gallego de treinta y ocho años, llegado a Sabadell hacía ya doce. La primera víctima, su esposa Rosa Peláez, seis años mayor. El crío muerto,

a punto de cumplir quince años, y el que se había llevado consigo, de once.

—Hasta que no llegue el juez, el médico no empezará a trabajar—continuó el sargento—, pero si te fías de mi experiencia, han sido dos disparos. Si miras junto al cuerpo del chico, verás dos casquillos de 9 mm Parabellum. Seguramente son de una Heckler & Kosh USP, su arma reglamentaria.

Mientras el inspector se acercaba al cuerpo del joven, el sargento continuó hablando sin disimular su autocomplacencia.

—El disparo a la mujer ha sido certero. En la frente. La muerte ha sido instantánea. En cambio, el del crío ha sido en el abdomen. Creo que primero lo ha matado a él.

A los pocos minutos llegó el juez. Un breve saludo fue el preludeo a una batería de preguntas que Pruna dejó que respondiera el sargento Guillot. Por qué iba él a quitarle el placer del protagonismo...

El médico forense, una vez le dio permiso el juez, comenzó su trabajo y empezó a narrar todo lo que veía mientras el secretario judicial tomaba nota. Fue el momento que esperaban para salir de allí.

—Con su permiso, señor juez, vamos a la calle a seguir preguntando a los vecinos.

—Me parece bien —contestó—. Pero me imagino que habrán dado las instrucciones pertinentes para detener al fugado... ¿No es cierto?

—Hemos dado el aviso a todas las comisarías de la zona —se apresuró a contestar Guillot—. Ya están en marcha los controles en las carreteras de salida de Sabadell. No tardaremos en dar con él.

Molina y Pruna se apresuraron a salir de aquella casa donde se había vuelto a escribir la historia de una tragedia, el final inesperado a una decadencia que, seguramente, vendría de lejos.

—Mala pinta tiene esto —dejó ir Molina mientras bajaban por las escaleras—. Un desequilibrado con pistola, desesperado y con un crío que se convertirá en una carga durante la huida...